



De esta manera los escritos de Lenin dejaban de ser ese discurso amoldable a las múltiples variaciones de la práctica, para convertirse en una teoría inalterable y supra histórica. En otras palabras: de Lenin pasábamos al leninismo. Pero lo que era más grave, de la heterogeneidad del marxismo, especialmente en los inicios de esa década de 1920, a la definición de una ortodoxia, que serviría primero para excluir del camino correcto a la oposición de izquierda, luego al trotskismo y finalmente a cualquier posible disidencia. La historia del marxismo fue reordenada de la misma manera que la supuesta historia de la humanidad; mientras una iba de Marx a Stalin pasando por Lenin, la otra transcurría del feudalismo al socialismo pasando por el capitalismo. Desde luego que todos estos cambios no pueden ser atribuidos a un personaje (el llamado culto a la personalidad), ni tampoco resultan un derivado inevitable del bolchevismo. Me limito únicamente a constatar la complejidad de cualquier explicación del estalinismo que pretenda confrontar a una ideología y una voluntad colectiva, con las determinaciones de la historia inmediata de la URSS y todo el peso muerto de su tradición.

Ese año de 1924, Mariátegui estaba en el Perú. Había transcurrido casi un año de su regreso a Lima y mantenía en el recuerdo militante la imagen del movimiento comunista anterior a la muerte de Lenin, especialmente de ese III Congreso de la Internacional, que se había propuesto ampliar considerablemente el frente revolucionario y cuya impronta llegaría a los trabajadores limeños a través del llamamiento para el 1 de mayo. En cambio, con retardo y con resistencias vendría a este país la noción de "Marxismo leninismo". Una de las pocas menciones la encontraremos recién cuatro años después, cuando por sugerencia del Grupo de París encabezado por Eudocio Ravines, los socialistas peruanos definieron ante la Internacional que su ideología era "... la del marxismo y la del leninismo militante y revolucionario, doctrina que aceptamos en todos sus aspectos: filosófico, políticos y económico social". La poca familiaridad con la ortodoxia se muestra en la separación del binomio y en los adjetivos que se le suman, pero al margen de estos aspectos estilísticos ¿hasta qué punto podemos admitir esta confesión de fe? Al parecer no contó con la unanimidad.

El primero en abrir las fisuras fue el propio José Carlos Mariátegui. En la nota autobiográfica que envió a esa misma conferencia comunista latinoamericana reunida en Buenos Aires, donde se leyó el texto anterior, definía de esta manera el aporte de su libro capital: "Los '7 ensayos' no son sino la aplicación de un método marxista para los ortodoxos del mar-

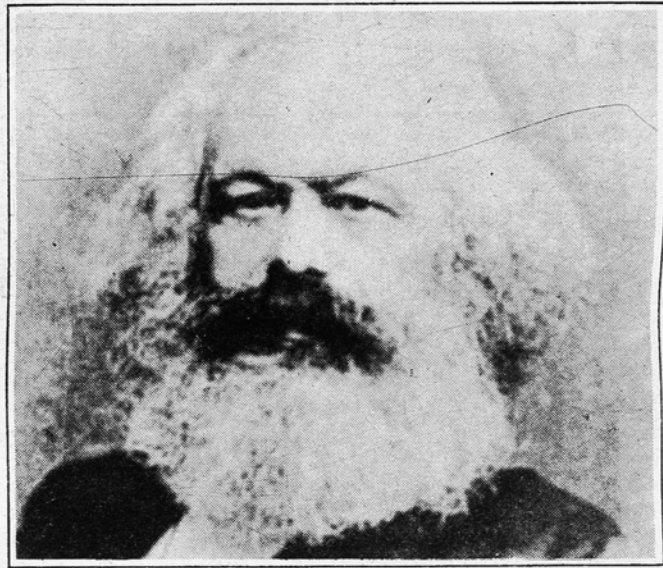
¿MARIÁTEGUI MARXISTA LENINISTA?

Alberto Flores Galindo

El marxismo leninismo tiene partida de nacimiento pero la fecha, paradójicamente, coincide casi con la muerte de Lenin: 21 de enero de 1924. Días después, Stalin pronunciaría un discurso cuyo eco, repetido en diversos idiomas y distintas latitudes, seguiríamos escuchando hasta hoy: "Nosotros, los comunistas, somos hombres de un temple especial. Estamos hechos de una trama especial. . . No hay nada más alto que el título de miembro del partido, cuyo fundador y jefe es el camarada Lenin. No es dado a todos resistir los infortunios y tempestades a que están expuestos los miembros de este partido. Los hijos de la clase obrera, hijos de la miseria y de la lucha, hijos de privaciones inconcebibles y de esfuerzos heroicos, ellos son, ante todo, los que deben militar en este partido. . ." Ese mismo año Stalin publicaría la primera versión de un libro angular para el futuro del movimiento comunista: Los fundamentos del leninismo.

xismo insuficientemente rígido en cuanto reconoce singular importancia al aporte soreliano, pero que en concepto del autor corresponde al verdadero moderno marxismo, que no puede dejar de basarse en ninguna de las grandes adquisiciones del 900 en filosofía, psicología, etc." (1). Aunque la cita no requeriría de mayor comentario, conviene reparar en que sólo se habla de "marxismo" y no se lo concibe como un sistema cerrado, sino que por el contrario se lo piensa indelible del pensamiento de Sorel (criticado en varias ocasiones por Lenin y rechazado por Stalin), aparte de esas menciones abstractas a la filosofía y la psicología tras la que suponemos otras presencias incómodas para la ortodoxia como Nietzsche (epígrafe precisamente de los 7 Ensayos) y Freud (lectura imprescindible para que Mariátegui edificara su *Defensa del marxismo*). Un mes antes de morir definió a este último libro como "... un trabajo que estimo exento de todo pensamiento doctrinal y de toda preocupación de ortodoxia" (2) A veces debemos creer a un autor. Repetidas veces Mariátegui mostró simpatías por los herejes. Pero este vocabulario tenía sentido únicamente después de 1924 frente a esa clara delimitación de campos que se había planteado con el nacimiento del "marxismo leninismo".

La ruptura de Mariátegui con la ortodoxia debe ubicarse dentro de una concepción según la cual el marxismo no era una ciencia, sino una fe, una pasión, una voluntad. "Es la fuerza del mito", como había escrito en *El alma matinal*. En otras palabras: la religión de nuestro tiempo. La tierra prometida adquiriría contornos definidos con el socialismo. El cielo estaba en la historia. Los motivos religiosos tradicionales eran reemplazados por las multitudes. El marxismo confluía con ese sentido agónico de la religión defendido por Unamuno. En los países alejados de Occidente, emoción revolucionaria y



religiosidad eran sinónimos como lo mostraba el ejemplo de Gandhi. Todas estas reflexiones definen la imagen del "marxismo abierto" de Mariátegui que no entendió materialismo como sinónimo de ateísmo. En diversas ocasiones, por el contrario, admitió el fondo místico de sus actividades. Consecuentemente se negó a participar en las manifestaciones contra el Sagrado Corazón, convocadas por Haya en mayo de 1923. Ni siquiera compartió el anticlericalismo al estilo de González Prada.

Aquí ya nos encontramos en una corriente marxista que se aleja del leninismo. Para Lenin pensar religiosamente el socialismo era un absurdo, un disparate, una aberración. "Si un trabajador ordinario dijera eso sólo significaría que ese trabajador está abandonando la religión a favor del socialismo. Pero si un dirigente o un intelectual socialista sostuviera que el socialismo es su religión, estaría abandonando el socialismo en favor de la religión". El ateísmo militante de Lenin estaba emparentado con su definición del carácter indeleblemente científico del marxismo, contrapuesto a la ignorancia y el obscurantismo. Visión ilustrada que ubi-

caba a la ciencia por encima de la lucha de clases y esclareciendo desde fuera la conciencia de los trabajadores. Otro punto de discrepancia: Mariátegui pensaba que la aspiración a la propiedad colectiva podía nacer "espontáneamente en la fábrica", pero aberración mayor frente al leninismo, no era exclusiva de la clase obrera. Mariátegui prefiere hablar de "proletarios", término que parece englobar a los trabajadores en general, sin sancionar ninguna hegemonía anticipada. El socialismo, así como emergía en la fábrica, podía aparecer en el paisaje aparentemente menos adecuado: en los andes, sustentado en las tradiciones colectivistas conservadas por las comunidades campesinas. Aunque esto significaba echar por la borda toda la teoría leninista de la alianza entre obreros y campesinos, Mariátegui argumentó la posibilidad de una conciencia revolucionaria indígena, capaz de trascender las reivindicaciones inmediatas (la tierra por ejemplo) y arribar al socialismo "... con una tenacidad y una fuerza, en la que pocos proletarios de otros medios podrán aventajarlos". (3). Esta conclusión hubiera sido vista con simpatía por Vera Zasulich y toda

la corriente populista rusa. Fue precisamente en áspera polémica contra ellos que se edificaron aspectos medulares del leninismo. Un libro como *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, donde se veía en el capitalismo la posibilidad de sacudir el musgo que la historia había depositado en los campesinos, no hubiera sido comprendido por Mariátegui, por sus conclusiones que anunciando el ocaso del campesinado lo relegaban como remolque del proceso histórico, pero además por ese tono despreciativo ante el mundo rural, discordante con el ambiente de una intelectualidad contagiada por el indigenismo, como era el caso del Perú en los años 20.

Con todo esto no quiero sugerir que Mariátegui hubiera sido condenado por Lenin: ahora sabemos que poco antes de morir éste cuestionó algunos supuestos anteriores, a partir de su lucha contra el burocratismo en el partido y el Estado. Tampoco me propongo utilizar a Mariátegui para condenar al leninismo. Sólo quiero señalar que fueron dos pensadores diferentes y de esta manera, recuperar la imagen de ambos como parte de esa historia diversa, heterogénea, trajinada por polémicas y enfrentamientos, donde disidencia y crisis han sido la regla, es decir, la verdadera historia del marxismo y no esa mitificación unívoca que se esconde tras el nombre de "marxismo leninismo" (4).

No podemos olvidar que Mariátegui descubrió el marxismo en 1917 a partir de Lenin y la revolución de octubre. Pero esto no significará posteriormente omitir la lectura de todos esos críticos de la experiencia soviética como la revista *La lutte de classes*, el alegato de Panait Istrati en *Vers l'autre flamme* o las posiciones de Trotski en su polémica contra Stalin. El marxismo de Mariátegui equivalía a la religión de nuestro tiempo, entendida no como el credo o los mandamientos, menos como la suma teológica, sino la pasión colectiva, que se sustentaba en la espontaneidad y exigía de todos la creación. Alejado del iluminismo, como observó alguna vez Guillermo Nugent, reconcilió a la política con la imaginación. De allí su entusiasmo por el surrealismo, su valoración del ensayo. Su diseño de la revista *Amauta*. Pero desde luego nada de esto lo haría sentirse un hombre de "temple especial".

(1) Martínez de la Torre, Ricardo. Apuntes para una interpretación marxista de historia social del Perú, Lima, 1948, T. II, p. 403.

(2) Espinoza, Enrique, Trinchera, Buenos Aires, 1930, p. 68. Edición comentada de parte de la correspondencia entre Glusberg y Mariátegui.

(3) Internacional Comunista, El movimiento revolucionario latinoamericano, Buenos Aires, 1929, p. 290.

(4) Sobre este tema me remito a la imprescindible introducción de Eric Hobsbawm a la Historia del marxismo publicada en doce volúmenes por la Editorial Einaudi y traducida al español por Bruguera (Barcelona).